DOS EJEMPLOS DE LA EUROPA APÓCRIFA DE MACHADO: ESPAÑA Y RUSIA

I

Antonio Machado, en *Campos de Castilla,* es el gran poeta del paisaje castellano, el de «las muchas horas de mi vida gastadas —alguien dirá perdidas— en meditar sobre los enigmas del hombre y del mundo» (III, 1.594)[1]; y también es el crítico *satírico* y *sarcástico* de la España contemporánea: de la abulia, la xenofobia y la ignorancia creída; de la envidia y el cainismo del campo, y las «misérrimas virtudes y quehaceres» (II, 506) de la ciudad; el crítico de la burguesía y la nobleza decadentes, de la España clerical y trivialmente folklorista. A este «retrato» le opone Machado una imagen de la *España futura,* que sin embargo es menos precisa que el catálogo —en clave negativa— de la realidad presente. En algunos poemas, escritos ya en Baeza, en 1913, hay alusiones a una posible transformación violenta. Allí, frente a la «España inferior que ora y bosteza» (II, 567), surge la visión de

> Una España *implacable* y redentora
> España que alborea
> con un *hacha* en la mano *vengadora,*
> España de la *rabia* y de la idea.
>
> (*El mañana efímero;* II, 568)[2]

---

[1] Del *Prólogo a «Páginas Escogidas»,* de 1917. Citamos los textos de Machado según la edición de Oreste Macrì: Antonio Machado, *Poesía y Prosa.* Tomos I-IV. Edición crítica de Oreste Macrì con la colaboración de Gaetano Chiappini, Madrid, 1988 (indicamos en las citas el volumen correspondiente de esta edición, junto con la página).

[2] Los subrayados en las citas son nuestros. El poema es, como arriba indicamos, del año 1913. Recordemos que en un artículo de 1908, con ocasión del centenario del 2 de mayo de 1808, Machado propone un «programa de renovación» mucho más pacífico, al exclamar, frente al paisaje soriano: «¿Llamaréis patria a los calcáreos montes (...) que rodean esta vieja y noble ciudad? (...) No sois patriotas pensando que algún día sabréis morir para defender esos pelados

Ahora bien, mientras multiplicaba estos ataques a la *realidad presente,* y mientras, referido *al futuro,* incluso cuenta con una «solución» revolucionaria, Machado empieza también a plantearse *el problema del pasado,* del pasado de España, y de su posible función en la renovación del país. Dice en efecto, en el mismo texto que acabo de citar:

> Mas otra España nace.
> La España del cincel y de la maza,
> *con esa eterna juventud que se hace*
> *del pasado macizo de la raza.* (II, 568)

Este «pasado macizo de la raza» es ciertamente una noción opaca, pero tiene una indudable connotación positiva. De él nacerá *el auténtico futuro,* en contraste con el *falso futuro* (al que alude el título del poema, *El mañana efímero*), que será el mero prolongamiento provisional (si bien ineludible) de un *presente* y de un *pasado,* también *efímeros:*

> El vano ayer engendrará un mañana
> vacío y ¡por ventura! pasajero...
> ...
> el vacuo ayer dará un mañana huero. (II, 568).

Hay una «España que pasó y no ha sido» (*Del pasado efímero;* II, 560); y hay un futuro de idéntica índole. *Hay un falso y un auténtico pasado, un falso y un auténtico futuro de España.*

¿Cuál es este auténtico pasado? ¿Cuál es la *verdadera* tradición española? Esta pregunta no se contesta por la investigación histórica, sino: proyectando el futuro. Aprovechándolo en función del futuro, se determina e interpreta el pasado. La auténtica historia de España se escribe (más bien: *se escribirá*) escribiendo su historia futura. Así lo dice el poema *El Dios ibero* (otra vez de 1913):

> ¡Qué importa un día! Está el ayer alerto
> al mañana, mañana al infinito,
> hombre de España: ni el pasado ha muerto,
> ni está el mañana —ni el ayer— escrito. (II, 498)

Ni el futuro ni el pasado están irremediablemente determinados. Trabajando para el futuro, se recupera el pasado, que sólo cobrará su verdadero sentido, en relación con las realizaciones futuras.

En estos poemas de 1913, Machado se limita todavía a unas meras alusiones, al hacernos vislumbrar su concepción del pasado como función del futuro. En cambio,

---

cascotes; lo seréis acudiendo con el árbol o con la semilla, con la reja del arado o con el pico del minero a esos parajes sombríos y desolados donde la patria está por hacer» (III, 1.484/5).

por los años treinta, Juan de Mairena nos propondrá toda una teoría sobre la «*plasticidad de lo pasado*» (IV, 2.376). En el capítulo XXVIII de sus *Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos...*, por ejemplo, dice:

> Cierto que lo pasado es, como tal pasado, inmodificable (...). Mas, para nosotros, lo pasado es lo que vive en la memoria de alguien, y en cuanto actúa en una conciencia, por ende incorporado a un presente, y en constante función de porvenir. (IV, 2.018).

La continua re-modelación del pasado, en función del porvenir, es según Mairena un hecho antropológico completamente legítimo. El mismo pasado se presta a ello, y «entra en el juego»:

> Visto así (...), lo pasado es *materia de infinita plasticidad,* apta para recibir las más variadas formas. Por eso yo (...) os aconsejo una incursión en vuestro pasado vivo, *que por sí mismo se modifica, y que vosotros debéis,* con plena conciencia, *corregir, aumentar, depurar, someter a nueva estructura, hasta convertirlo en una verdadera creación vuestra.* (II, 2.018).

Y de este pasado, «verdadera creación» *retrospectiva* del hombre, dice Mairena:

> A este pasado llamo yo *apócrifo,* para distinguirlo del otro, del pasado irreparable que investiga la historia... (II, 2.018).

Entre las varias acepciones que tiene la palabra «*apócrifo*», en Machado[3], yo creo que es ésta la más importante y la más fructífera.

En una tesis escrita en alemán[4] he aplicado este concepto a la *tríada de los apócrifos* machadianos, Abel Martín, Juan de Mairena y Pedro de Zúñiga, que son —*en su idea originaria* (me refiero a los textos y proyectos de los años 1926-28)— una *recapitulación* del desarrollo poético del propio Machado. En Abel Martín (el de 1926)[5] Machado le crea un pasado apócrifo (es decir: «corregido», «aumentado», «depurado» y «sometido a nueva estructura») al poeta de *Soledades,* que empieza su obra por el mismo año de la muerte de Martín (1898). Lo mismo sucede con el poeta de *Campos de Castilla,* que nace como tal poeta cuando muere el apócrifo correspondiente, Juan de Mairena (1909). Y en su carta sobre Zúñiga dice Machado textualmente que para «hacer posible el surgimiento de un nuevo poeta» (que cante pues «nuevas canciones») «*hemos de crearle una tradición* de donde arranque y él

---

[3] Cf. Hugo Laitenberger, *Antonio Machado. Sein Versuch einer Selbstinterpretation in seinen apokryphen Dichterphilosophen.* Wiesbaden, 1972, pp. 157-9.

[4] Se trata del libro mencionado en la nota 3.

[5] Se trata del número CLXVII de las *Poesías completas* (Macrì, II, 670-694). Las «informaciones» que se facilitarían ulteriormente sobre este apócrifo, sobre todo a través de su discípulo, Juan de Mairena, no concuerdan siempre con este Abel Martín «del 26».

pueda continuar» (III, 1.759). La tríada de los apócrifos es así la creación, retrospectiva, de una «tradición», de la que arranca cada una de las tres fases sucesivas de Machado como poeta (por razones obvias, estoy naturalmente simplificando hasta el exceso).

Ahora bien, esta *re-elaboración de lo pasado en función del futuro,* Machado no sólo la aplica a su propio desarrollo como poeta; la aplica también a la historia de varias naciones europeas. Es decir, Machado no sólo crea unos *apócrifos personales,* sino también unos *apócrifos nacionales, unas patrias* oportunamente «*corregidas*», «*aumentadas*», «*depuradas*», etc., que son unas *patrias míticas.* (El concepto de *apócrifo* y de *mito* en este contexto coinciden en efecto en gran medida).

Y ahora preguntamos, ¿cuál es el «proyecto de futuro», que preside esta elaboración apócrifa? En mi opinión, es una proyecto que se trasforma en el tiempo:

a) Podemos descartar aquí el «proyecto» de *Soledades,* que es casi exclusivamente individual (referido a la propia persona), y que sin embargo ya deja entrever toda una estructura apócrifa: «¡Juventud nunca vivida,/quién te volviera a soñar!» (II, 485). El proyecto de futuro consiste aquí en el intento de recuperar el pasado personal, que es un pasado en parte apócrifo, es decir, «corregido», «depurado»... por el sueño poético, por el recuerdo trasformador.
b) En *Campos de Castilla,* el proyecto se amplía a una colectividad, que es España. Se trata, como ya dijimos, de un proyecto singularmente indeterminado, y que encuentra su correspondencia en la noción, igual de imprecisa, del «pasado macizo de la raza». El «fuerte» del poeta del 98 es en efecto el ataque, la invectiva contra lo existente.
c) En *Nuevas canciones* finalmente, el poeta, que ahora aspira a un *cantar en coro* con una colectividad todavía más amplia, con el prójimo concebido como ser fraternal, parece que se dedica a una poesía a-política. Y sin embargo, *Nuevas canciones* contiene un «programa», un proyecto, que ahora ya no es «españolista», sino que es «europeo».

En efecto, ya no se trata de «salvar» sólo a España; se trata, a partir de esta época, de salvar al «hombre occidental». Es ahora cuando Machado *va definitivamente* «*hacia Europa*». Europa tiene que despedirse del *irracionalismo,* del *subjetivismo* y del *solipsismo* del siglo 19, tiene que recuperar *la fe en la razón,* en *la realidad de las cosas,* y sobre todo *la fe en la realidad del prójimo y la posibilidad de comunicarse con él*[6]. El discurso proyectado para el ingreso en la Academia, de 1931, resume este «programa» bajo forma de profecía:

> El mañana, señores, bien pudiera ser un retorno —nada enteramente nuevo bajo el sol— a la *objetividad,* por un lado, y a la *fraternidad,* por el otro (...). Comienza el hombre nuevo a desconfiar de aquella soledad que fue causa de su desesperanza y motivo de su orgullo. (III, 1.796).

[6] Cf. nuestra tesis, citada en la nota 3, pp. 51-60.

Dentro de este proyecto de Machado de «superar el siglo 19» (o positivamente: dentro de este programa «del siglo 20»— «*objetividad*», «*fraternidad*»—) hay que encuadrar la elaboración apócrifa de su concepto de varios países europeos. Alemania e Inglaterra, en este contexto, se ven en gran medida identificadas con el «siglo 19» que está «por superar». En cambio, dos países sobre todo, *España* y *Rusia,* tienen para Machado función de futuro. Y *para que lo puedan tener,* su historia, su ser histórico, es sometido a una oportuna «depuración». Para apoyar en ellos la acción futura, se buscan unos *precedentes* en el ser histórico de estos países. Bien es verdad que *los grandes precedentes,* para el programado futuro de Europa, remontan más lejos en la historia: para curar el mal europeo, la enfermedad solipsista del siglo 19, hay que *volver a Platón,* inventor de la *razón,* y hay que *volver a Cristo,* fuente de la *fraternidad.* Pero en estos dos pueblos, en particular, el mensaje cristiano se ha encarnado históricamente.

II

Encuentro los textos más importantes sobre lo que llamo la *España apócrifa* de Machado en el *Juan de Mairena* de 1936, donde ya hallamos los pasajes citados sobre la «plasticidad de lo pasado». Es decir que Mairena no sólo nos presenta la «teoría», sino que también nos da la aplicación práctica a su propio país. Generalmente hablando, la idea de lo apócrifo es un principio de conocimiento que se aplica a *cualquier* tipo de realidad: «Cuando una cosa está mal (...), debemos esforzarnos por imaginar en su lugar otra que esté bien; si encontramos, por azar, algo que esté bien, intentemos pensar algo que esté mejor. Y partir siempre de lo imaginado, de lo supuesto, de lo apócrifo; nunca de lo real» (cap. XXIII; IV, 1.997/8). Sin embargo, esta idea encuentra su reino privilegiado en lo referido al pasado, a la historia. Dice Mairena a sus alumnos en un pasaje que justamente lleva por título *Sobre lo apócrifo:* «Tenéis (...) unos padres excelentes, a quienes debéis respeto y cariño: pero ¿por qué no *inventáis* otros más excelentes todavía?» (cap. XVII; IV, 1.975). Y a esta «invención» se va dedicando Mairena con sus discípulos en varias de sus lecciones[7].

El texto más revelador sobre la *España apócrifa* se encuentra en el capítulo XIII, que curiosamente se abre con una consideración —medio irónica— sobre los pragmatistas:

> «Los pragmatistas —decía Juan de Mairena— piensan que, a última hora, podemos aceptar como verdadero cuanto se recomienda por su utilidad; aquello que sería conveniente creer, porque, creído, nos ayudaría a vivir» (IV, 1.958).

[7] Naturalmente, no se limita Mairena a esta *idealización* de su patria. Se dedica también a *la crítica* de la realidad española, es decir, de la realidad presente. Como arriba indicamos, la acción «depuradora», que produce la España «apócrifa», se realiza sobre todo en lo referido al pasado.

Forma parte de lo que «creído, nos ayudaría a vivir» la fe en la razón (o «vuelta a Platón»), por ejemplo, y también (parece) lo que en varios párrafos se nos explica sobre el ser de los españoles y de España. Dice Mairena que es «profundamente antiespañol» pensar «que España es, como casi todas las naciones de Europa, una entidad esencialmente batallona, destinada a jugárselo todo en una gran contienda» (IV, 1.960). Y la razón de este destino particular, de esta posición de preferencia, frente a otras naciones, es la siguiente: «España no ha peleado nunca por orgullo nacional, ni por orgullo de raza, sino por orgullo humano o por amor de Dios, que viene a ser lo mismo» (IV, 1.960). He aquí los padres «más excelentes todavía», a que Mairena aludiría. *No nos dice* Mairena que por qué llega a tener esta idea de España, nación elegida. Su razonamiento implícito podría ser, que España históricamente (pensemos en la política europea de Carlos V, o en la conquista de América) ha actuado al servicio de una idea supranacional, que es el cristianismo. Pero Mairena, según su consejo de que hay que «partir siempre de lo apócrifo, nunca de lo real», da por resuelto el problema de saber si, en esta actuación, el interés nacional (o material) sirvió más bien a la idea supranacional, cristiana, ò al revés. También da por descontado que el cristianismo por el que peleó España, sea el mismo cristianismo machadiano, rigurosamente igualitario. Por eso, al pelear por «amor de dios», España a la vez pelea por «orgullo humano», por la dignidad de cada hombre. Porque «por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre» (IV, 1.932); idea en la que Mairena insiste todavía en otro contexto, diciendo que «...todos somos hijos de Dios —hijosdalgo—, por ende, y esta es la razón del orgullo modesto a que he aludido más de alguna vez». (IV, 2.071).

España en su historia ha peleado por este «orgullo modesto». Esto es «lo español y lo cristiano» (IV, 1.932), dos cosas que aquí se identifican, y que para Mairena se resumen en el proverbio castellano «Nadie es más que nadie» (IV, 1.932 y 2.114). Este es el verdadero sentido de la tradición española, y por eso Mairena no duda en defender el comportamiento histórico de España, contra cualquier ataque: «Fieles a este principio, hemos andado los españoles por el mundo sin hacer mal papel. Digan lo que digan» (IV, 2.114).

Volvamos ahora a preguntar que por qué tiene Mairena esta idea del ser de España. La tiene, porque cuadra perfectamente con el programa de la nueva «fraternidad». Dicho de otra manera: la España igualitaria y cristiana es una *re-escritura* de la historia, en función del «programa» machadiano.

III

Pasemos a la *Rusia apócrifa,* mito mucho más elaborado, y de gran importancia en la obra durante dos decenios. La idea de la *nueva convivencia,* la nueva *fraternidad cristiana,* se relaciona con el *tema de Rusia,* por primera vez, en una carta a Unamuno de 1918. Allí Machado expone su concepción del Antiguo Testamento que para él es el libro de la envidia y del cainismo, del hombre para quien el amor

sólo pasa del padre al hijo, y todavía no ha tomado la «dirección transversal» de hermano a hermano. Pero el Antiguo Testamento es también la historia de la *lucha* por la elaboración del *sentimiento de fraternidad,* que en Cristo encuentra su plena realización. Porque el sentido del mensaje cristiano es éste: *el amor al otro por amor al padre común, garante de la fraternidad.*

Ahora bien, Machado en su carta, habla del «cainismo que perdura, a pesar de Cristo», *no ya sólo* en España, como en los textos de *Campos de Castilla,* sino en toda Europa, y que «pasa del individuo a la familia, a la casta, a la clase, y hoy lo vemos extendido a las naciones, en ese sentimiento tan fuerte y tan vil que se llama patriotismo» (III, 1.600/01; recordemos que estamos en enero de 1918, en plena guerra mundial). Y aquí añade Machado: «Sólo los rusos —¡bendito pueblo!— me parecen capaces de superarlo (o sea, de superar este cainismo) por un sentimiento más noble y universal. El tolstoismo *salvará a Europa,* si es que ésta tiene salvación» (III, 1.601). He aquí como empieza la elaboración del mito ruso, en el mismo momento en que se produce la revolución soviética, que aquí sin embargo no se menciona. Machado *identifica* el mismo pueblo ruso *con el tolstoismo;* identificación inadmisible, tanto después y como antes de la revolución; tan inadmisible como si a alguien se le ocurriera identificar el kantismo, o el marxismo, con su país de origen y con el pueblo de este país.

En 1922, en la conferencia *Sobre literatura rusa,* Machado se explica el impacto de las novelas rusas por una universalidad «sui generis», que no es la del pensamiento, sino del *sentimiento,* del *amor cristiano.* El pueblo ruso, por no conocer plenamente la universalidad del pensamiento abstracto, estuvo en condiciones de elaborar, más que otros, esta universalidad del sentir, de la fraternidad humana. Su largo sufrimiento bajo el despotismo de los zares le llevó a una comprensión auténtica del mensaje cristiano. La ausencia de universalidad lógica, en los libros ruros, «esta tendencia colectiva, marcadamente irracionalista o insuficientemente racional», según Machado «se compensa ampliamente con esa otra tendencia hacia los universales del sentimiento; ansia de inmortalidad, piedad hacia los humildes, amor fraterno, deseo de perfección moral, anhelo de suprema justicia, *cristianismo, en suma*» (III, 1.236). Y Machado concluye: «Se diría que el ruso ha elegido un libro, el Evangelio, lo ha puesto sobre su corazón y con él y sólo con él pretende atravesar la historia» (III, 1.236). En estas consideraciones de 1922, la Rusia comunista no entra. Incluso se habla (más bien de paso) del «fracaso» (III, 1.233) de la revolución, porque fue realizada en nombre de un determinismo económico (y no, como hay que entender, de la fraternidad cristiana prerrevolucionaria).

Ahora bien, todas estas ideas sobre la misión redentora y salvadora de Rusia frente a Europa, y sobre su esencia auténticamente cristiana, *no son* —a pesar de la apariencia que producen los textos— *de origen machadiano,* sino que reproducen casi textualmente las opiniones y convicciones de los mismos autores, a los que Machado se refiere. Sólo puedo citar aquí un texto de Dostoyevski, muy «completo» al respecto, que se expresa así sobre la esencia cristiana y la misión salvadora de Rusia:

Hacerse un verdadero ruso no significa otra cosa sino luchar para reconciliar definitivamente las contradicciones de Europa, señalar una vía de salida a la nostalgia europea en el alma rusa, universalmente humana, que reúne a todo; recibirlos a todos en ella con amor fraternal, para eventualmente pronunciar la palabra final de la gran armonía universal, de la fraternal concordia de todas las naciones, según la ley del evangelio de Cristo[8].

Como digo, otros testimonios en este sentido se podrían citar. Lo que no hay que olvidar, sin embargo, es que esta concepción es, en la propia Rusia, una más entre las múltiples posiciones en la secular controversia entre europeizantes y sus adversarios, que en el siglo 19 (que aquí interesa) se identificaban, en larga medida, con los llamados eslavófilos. Es sólo un determinado sector (ni siquiera «mayoritario») el que se había, por así decir, inventado, en una época de profunda desorientación del país, esta filosofía cristiana y redentora, con sus muchísimas variantes. Y no hace falta ser gran historiador para reconocer en ella, *no la patria real*(profundamente dividida) sino una patria «corregida», «aumentada», «depurada», etc., en función de un hipotético porvenir.

¿Qué motivo podía tener un occidental para hacer suya esta filosofía, controvertida en su mismo país de origen? En mi opinión, sólo uno; y es que esta filosofía, que se le regala «toda hecha», le viene a Machado «como al dedillo», dentro de su «programa». Ciertamente, es muy legítimo que un autor adopte unas ideas venidas «de fuera»; toda la civilización europea, desde la Antigüedad, vive de este proceso. Lo *abusivo* de la adopción machadiana está en la *identificación* de esta «filosofía» con un determinado pueblo. Sin embargo, Machado irá todavía más lejos en su afán de identificación con un país y un pueblo concreto. Andando el tiempo, su filosofía de la fraternidad cristiana no sólo se identifica con Rusia, sino con la misma Unión Soviética.

Todavía en 1934, Machado hace una clara distinción entre la Rusia oficial, marxista, y la supuesta esencia del pueblo ruso. Dice: «La Rusia marxista ha sido una sorpresa para cuantos pensaban que el ruso empieza precisamente donde acaba el marxista» (III, 1.806). Sin embargo, aquí la nueva identificación ya se va preparando subterráneamente. Exclama Machado:

> ¡Fraternidad! He aquí la palabra rusa por excelencia. Cuando se lee lo que nos cuentan de Lenine (...) se comprende cuánto supera el corazón del eslavo a la inteligencia del judío teutón. Y se presiente una reacuñación cordial del marxismo por el alma rusa (...). (III, 1.807).

Este «presentimiento», la profetizada «reacuñación cordial del marxismo por el alma rusa», se hará verdad en 1937, cuando Machado —aunque siga rechazando el

[8] Pasaje tomado del famoso discurso de Dostoyevski sobre Pushkin, del año 1880. Mi traducción al español se basa en la siguiente traducción alemana: F.M. Dostojewski, Tagebuch eines Schriftstellers (Übertragen von E.K. Rahzin), R. Piper & Co. Verlag, München, 1963, p. 505.

marxismo como tal— identifica la Rusia comunista con la Rusia cristiana, que *es* la Rusia eterna. Dice:

> Los viejos amigos de Rusia (...) sabemos que, bajo el dominio despótico de los zares, estaban ya maduras las virtudes específicamente rusas *sobre las cuales se asienta la Rusia de hoy.* (IV, 2.218).

Según Machado, es la revolución la que ha libertado al auténtico ser ruso. El país de la revolución marxista ya no vuelve, como todavía en 1934 (III, 1.806), al espíritu «mosaico», sino que es el «foco (...) del cristianismo auténtico» (IV, 2.220). Estamos en 1937, época de la ayuda soviética a la República española, pero época también de las grandes persecuciones estalinistas de antes de la guerra.

IV

Para terminar, se puede uno preguntar, hasta qué punto la España y la Rusia apócrifas, estos dos mitos, correspondían en Machado a unas idealizaciones conscientes o no. En cuanto a España —la España igualitaria y cristiana— la respuesta nos la había dado el mismo Machado: «¿Por qué no os inventáis (unos padres) más excelentes todavía?». El caso de Rusia —la Rusia fraternal, cristiana y redentora, que va a salvar a Occidente— es más complejo. La misma elaboración del «programa» de la fraternidad está en efecto tan íntimamente mezclada a la del mito ruso, que es imposible decir cuál se nutre de cuál. Lo que es evidente es que estos mitos correspondían en Machado a una *profunda necesidad de creer.* Eran para él, hombre tan antipragmatista, unas sentidas creencias pragmáticas, como en el fondo lo son todas sus construcciones apócrifas.

Estas construcciones contribuirían, sin duda, a sostenerle personalmente en su actitud política, durante la República y la guerra civil. Y yo creo que la actuación política de Machado, tan rectilínea (en el sentido lógico y moral de la palabra) al abogar por ciertas formas de gobierno democrático y de justicia social, encontraría uno de sus sostenes en esta España apócrifa igualitaria, que pelea por la dignidad de todos los hombres, hijos de Dios, y en esta Rusia fraternal y cristiana. Este argumento, sin embargo, tiene su revés: también cabe decir que lo coherente del comportamiento machadiano se apoya, en parte, en unos mitos, que *son* mitos, por oportunos que puedan parecer.

Lo que sorprende al lector de hoy, es el constante afán de Machado de encarnar sus ideas, y su mismo «programa» (nada nacional, sino europeísta), este programa de una nueva convivencia y una nueva fraternidad, en la supuesta esencia de unos pueblos determinados, y hasta en unas mitologías nacionales. En este sentido, Machado (a pesar de su «programa», que *mira «hacia Europa»*) es hijo de su tiempo, cuando las naciones todavía eran protagonistas de la historia (con las consecuencias que todos sabemos). Hoy día, los mitos, si los hay, son supranacionales. Esperemos que, algún día, se hagan universales.

HUGO LAITENBERGER